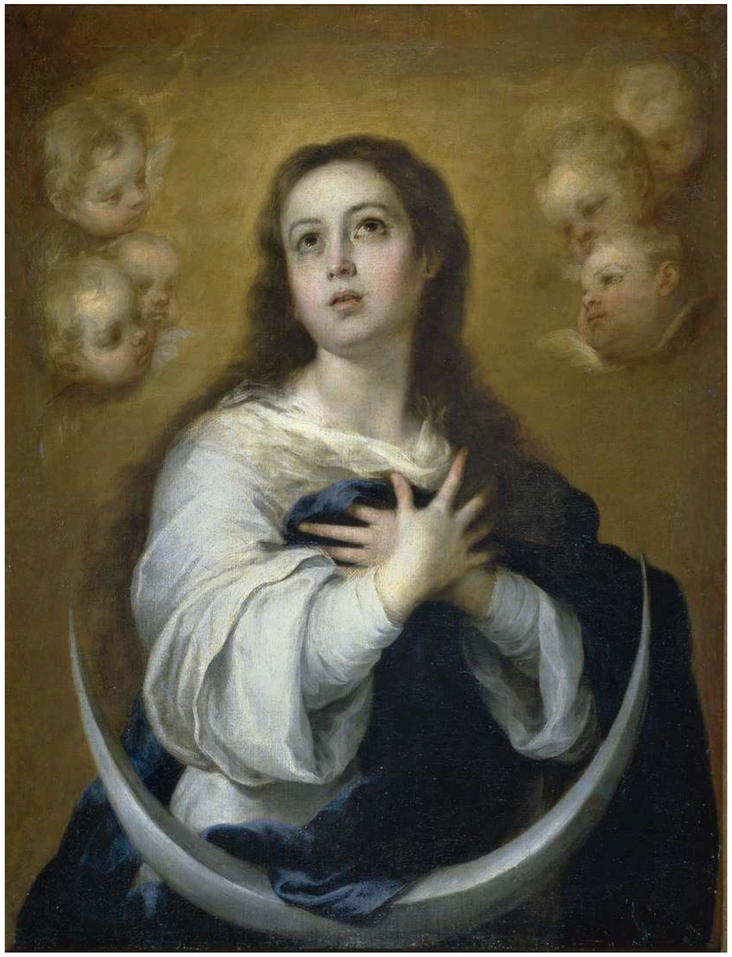
MARÍA EN LA PIEDAD POPULAR

Fr. Iván Fernando Mejía Correa, O.P.



La piedad es la raíz; la religión, su fruto: Mientras la religión popular es el gesto y la manifestación exterior, la piedad popular es el humus, la matriz secreta y el corazón íntimo que da vida a la fe del pueblo.

El cristianismo se hace carne en la cultura: La piedad popular es la encarnación viva del Evangelio en la diversidad de las culturas, etnias y realidades humanas.



Lo espontáneo oxigena a lo normativo: Frente a la estructura oficial y reglamentada de la institución, la fe popular aporta la frescura, la intuición y la libertad de lo cotidianamente vivido.

El pueblo siente lo que el intelecto a menudo solo analiza: La sabiduría popular no nace del razonamiento abstracto ni de la fría norma ritual, sino del sentir apasionado y de la experiencia existencial directa.



La fiesta es la liberación del alma frente a la rutina: El momento festivo irrumpe como un éxtasis que quiebra la monotonía cotidiana y rescata la capacidad celebrativa e imaginativa del ser humano.



La vulnerabilidad abre el camino a lo Trascendente: La conciencia de la propia pobreza y finitud no se expresa en conceptos teóricos, sino en símbolos e inmediatez que abrazan la presencia divina.

El sensus fidelium intuye el misterio sin necesidad de definirlo: Los sencillos no parten de disquisiciones doctrinales, sino que descubren la presencia viva de Dios y de María desde sus necesidades cotidianas.





María es la misericordia divina con rostro humano: En el sentir del pueblo, la Virgen es captada intuitivamente como la madre poderosa que une el amor infinito de Dios con el sufrimiento de la historia.

La devoción popular es una pedagogía hacia el Evangelio: Lejos de ser una mera costumbre folclórica, la piedad del pueblo constituye un "evangelio implícito" y un itinerario pedagógico hacia la fe.

La emoción sin raíz corre el riesgo del espejismo: Expuesta a la superstición, al sentimentalismo pasajero o al formalismo ritual, la piedad popular requiere ser constantemente purificada y consolidada.



Liturgia y fe popular están llamadas a enriquecerse mutuamente: La celebración oficial necesita la calidez espontánea de la piedad popular, así como la devoción del pueblo requiere la solidez del signo litúrgico.



El culto auténtico no se detiene en la alabanza, sino en el compromiso: La verdadera devoción mariana y popular no busca el refugio pasivo, sino que impulsa a escuchar y cumplir la voluntad de Dios en la vida cotidiana.

MUCHAS



GRACIAS

REFERENCIA:De Fiores, S., & Meo, S. (Dirs.). (1988). Nuevo diccionario de mariología. Ediciones Paulinas.